

LA VEJEZ.



La vejez.

SEGUNDA SERIE. — 1858.

AÑO XVI. 31.

Llegamos al fin de la carrera de las edades que hemos hecho recorrer en este año á los lectores del Museo en las principales estaciones. Hemos visto las esperanzas de la infancia; las diversiones y los estudios de la juventud; los deberes serios de la edad madura: ahora vamos á enseñarles los consuelos de la vejez. La abuela rodeada de sus nietas que se consagran á su servicio; el abuelo llegando apoyado en el brazo de su nieto: en el fondo amigos contemporáneos de los dos ancianos tratando de distraerse con los naipes. ¡Después de esto se abre la eternidad! Allí el Señor de todo el eslabon aguarda á los luchadores fatigados de combatir en la arena del mundo, y decidirá su recompensa: aquí abajo se ha finalizado su tarea.

Ha dicho el célebre Rabelais, en su Almanaque que la vejez sería incurable aquel año á causa de los años pasados; ¡triste epigrama lanzado á la fragilidad humana y á la brevedad de la vida, si Dios no nos hubiese dado por consuelo á las generaciones formadas por nosotros, y que deben al reemplazarnos hacer sobrevivir eternamente alguna cosa de nosotros mismos!

En esta no interrumpida sucesión de los seres procedentes los unos de los otros, y permaneciendo unidos por el eslabon de la familia se halla la indemnización terrestre de todas las fatigas, y de todos nuestros trabajos. Al legar á nuestros hijos un porvenir, perpetuamos no solamente nuestras vivientes imágenes, sino que les dejamos por la educación, por el ejemplo, por la fama, un nombre, un rayo de nuestra alma. Permanecen á nuestro lado para continuar nuestra obra santa ó culpable: hemos comenzado á tejer una tela que ellos han de continuar bien ó mal, según les hayamos preparado la urdimbre, y formado buenos ó malos obreros.

Debería entrar este pensamiento por mucho en la moral humana. De desear sería que todos los hombres comprendiesen su responsabilidad ante el porvenir, y como es la continuación de una personalidad social la que deben mantener honrosamente ó restaurar, y de que sus hijos han de ser un día los representantes. Si se penetrasen bien del pensamiento de que no se muere entre los hombres, pues que sobrevive uno por medio de su raza, tal vez se conocería mejor la necesidad de arreglar bien una vida larga, y de dar á su casa, ilustre ú oscura, una perpetuidad de virtudes y de honra.

Todos los pueblos que han rendido culto á la virtud se han distinguido por el respeto á los ancianos; se les ha mirado siempre como los representantes de los siglos pasados á quien tanto debemos, y á los cuales no podemos pagar sino por nuestra veneración, por la de sus hijos que sobreviven. Esos cuerpos pesados que se inclinan ya á la tierra, dispuestos á separarse de la vida, nos son además de una útil advertencia: nos dicen que no creamos en la eternidad de nuestras fuerzas y de nuestros goces; que miremos mas allá de los horizontes de la tierra.

Así, pues, son los ancianos á la vez los diputados de los tiempos antiguos, que nos traen su experiencia reclamando nuestra gratitud, y los mensajeros del porvenir sobrehumano que nos hacen recurrir á ideas mas elevadas.

Más para que la vejez guarde este augusto carácter es preciso que todo en ella sea sensato, noble, digno de ser imitado. Sábese la palabra célebre de Catón á un viejo vicioso.

—Amigo mío, la vejez tiene bastante fealdad por sí sola; no le añadas la del vicio.

Solo en las épocas de decadencia no se han respetado las canas en los pueblos, y el hombre fuerte ha tenido la osadía de burlarse ó despreciar la debilidad en la edad. Se recuerda que hacía los últimos tiempos de la Grecia, se presentó un anciano en los juegos olímpicos, sin que nadie se incomodase para abrirle paso ni dejarle buen lugar. Cuando llegó á la grada ocupada por los lacedemonios, éstos se levantaron todos con respeto. Entonces enternecido el anciano exclamó: todo los griegos conocen la virtud, empero solo los lacedemonios la practican!...

FACUNDO MIGUEZ.

SANTA CECILIA.

HISTORIA, LEYENDA, ARQUEOLOGIA.

(Su festividad el 22 de noviembre).

Muchos pintores, y sobre todo, dos grandes pintores, se han inspirado con el apacible rostro de la virgen mártir.

El uno es Rafael, el otro el Dominiquino.

El Dominiquino la ha representado acompañando sus cantos con acentos de un querube que hace vibrar su arco inspirado; y para que ninguna duda se eleve sobre el sentido de la armonía que se escapa de los labios de la piadosa artista y de las cuerdas del instrumento, un ángel con las dos manos estendidas y los brazos abiertos, la sirve de atri. Cecilia en la obra del Dominiquino es hermosa y radiante; empero es de una belleza mas terrenal que la del cuadro del pintor de Urbino.

De pié, en medio de un grupo, se manifiesta la Santa Cecilia de Rafael. En aquel grupo se encuentran la virilidad, la infancia y la rubia pubertad de la joven doctellá. Los dedos de la hermosa patricia apenas tocan las teclas de un órgano; su rostro radiante de celestial claridad; su boca ora al mismo tiempo que canta, y sus ojos buscan en el cielo los divinos coros que forman el eco de sus cantos.

Jamás la armonía universal que une los designios de Dios á los hombres con los ángeles, á la tierra y los cielos, se ha simbolizado mas poéticamente.

Los monumentos antiguos de la iconografía de la edad media, no nos han dejado casi nada con respecto al punto de mira del arte. El Renacimiento casi solo es el que ha puesto la pintura y la escultura al servicio de la noble descendiente de los Cecillios. Desde esa época data la adopción general de Santa Cecilia en cualidad de patrona de los músicos.

En otro género de inspiraciones, es preciso añadir los *Himnos de San Tesiel* puestos en música, y la oda del poeta inglés Dryden, siendo imposible enumerar todas las composiciones musicales que se han hecho para festejar á la virgen romana.

Una capilla que se levanta en medio del campo de Marte en Roma, encierra esta inscripción:

Hæc est domus in qua orabat Sancta Cecilia.

La capilla reemplazó á un palacio que habitaba la ilustre familia patricia de los Cecilios. El pueblo designó esta capilla y los vestigios de alrededor bajo el nombre de *Casa del Divino Amor*.

En aquel palacio vivía á principios del siglo III la descendiente de aquella célebre Caya Cecilia, que nos presenta la historia como el ideal de las matronas romanas.

¿Cómo la joven virgen había abierto los ojos á la verdad, cuando su padre y su madre vivían en las tinieblas del error? Esto es lo que sería imposible explicar, sino se pensase en la gran lucha del paganismo contra el cristianismo: en aquella persecución cuyos efectos producían espectáculos sangrientos en las hogueras, en los circos que recorrían ardientes y hambrientos los leones y los tigres: sino se pensase en aquellas matanzas colectivas variadas con las mas horribles invenciones de mas crueldad, escitada sin cesar y nunca satisfecha.

La queja del perseguido cuando se lamenta es una oración del débil que concluye por penetrar con eco simpático en los corazones abiertos á la compasión; herir á los apóstoles de una doctrina de fe y de amor, es abrir ante ella infinitos caminos, es hacer revelar la compasión, es despertar el juicio, es provocar el exámen, es impulsar en pos de las víctimas un ejército de neófitos.

Así es sin duda como los primeros gérmenes de la fe llegaron á el alma de la patricia. Además sus padres la dejaron libremente crecer y fortificarse en una fe que debía conducirla al martirio. Sin embargo, encontró Cecilia en su camino un escollo que podía imposibilitarla en la realización de un voto que había pronunciado en secreto. Aquel voto era consagrar al Dios de los cristianos su vida y su virginidad: el escollo, una resolución adoptada por sus padres, que esta vez no quisieron ceder ni á las lágrimas ni á los ruegos de su hija.

Cecilia era la prometida de un patricio romano con quien debía casarse.

El esposo era hermoso, rico, poderoso: tenía un nombre glorioso en Roma; se llama Valeriano.

Llegó el día de las bodas: el antiguo palacio de Cecilio se adornó con flores, con ricas colgaduras, con mullidos tapices. Llenóse de músicos y convidados, sirviéndose las mesas con una suntuosidad inaudita. Presentaron á la joven cuya belleza arrancó á todos un grito de admiración. Su frente pálida era mas blanca que el velo que la cubría; y la nube de tristeza que bajaba sobre su rostro puro y velado por sus hermosos ojos, añadía un atractivo mas á la hermosura de la joven. ¡Cosa extraña y cuyo motivo nadie explica! Cecilia ha dividido, como las vestales, su larga cabellera en seis trenzas que caen sobre sus espaldas: aquel es el símbolo de la virginidad que ha jurado guardar. Sin embargo, el blanco velo que flota en largos pliegues alrededor de su linda cabeza, disimula su peinado. Comienzan las ceremonias nupciales. Los sacerdotes paganos ofrecen el vino y la leche, signos de la prosperidad y de la abundancia; y la torta, que denota la alianza del hombre y la mujer, y que los enseña que en lo sucesivo el esposo y la esposa comerán del mismo pan, se coloca en las manos trémulas de la esposa que la divide con Valeriano.

Todo está concluido á los ojos de los hombres, la descendiente de los Cecilios es la mujer del hijo de los Valeria-

nos. Sin embargo, en lo íntimo de su alma, la joven ha renovado su voto: mujer de Valeriano, permanecerá siempre esposa de Cristo.

Llegada la noche, enciéndense las antorchas, la comitiva de la boda precede á la nueva desposada y la conduce al palacio donde la esperaba el joven Valeriano bajo un pórtico adornado de festones, de guirnaldas y de flores.

—¿Quién eres? preguntó á la doncella, según el rito pagano.

—Mientras tú seas Cayo, yo seré Caya, respondió Cecilia empleando la fórmula consagrada, aludiendo á su antecesora Caya Cecilia, la matrona romana, modelo de afecto y virtudes domésticas.

Esta fórmula murmurada por labios trémulos, parecía ligar para siempre la joven á los deberes de su nuevo estado. Un coro de músicos hizo oír de pronto alegres estrofas alegóricas, acompañadas por flautistas. Cecilia canta con los coros, pero su canto es una plegaria que eleva al Dios de los cristianos pidiéndole su auxilio. Los músicos callan, los convidados se marchan, las antorchas se alejan. En la habitación á donde es por último conducida la nueva esposa no hay mas que dos personas, Cecilia y Valeriano.

La virgen habla la primera.

—Mi señor, dice, poseo un gran secreto que os diré si me prometeis guardarlo.

Sorprendido de la confidencia, pero deseando conocer su estension, Valeriano respondió:

—Os escucho, querida Cecilia, y os prometo no revelar el secreto.

—Oid, pues, dice la virgen levantándose: un ángel, continúa con voz inspirada, vela sobre mí para preservarme de toda mancha, por que he hecho voto de no pertenecer jamás si no á Dios. Os suplico respetéis este voto. Pero si desconociéndole y abusando de los derechos que mi padre os ha dado rechazais mis suplicas, este ángel protector, os herirá al punto mortalmente.

A estas palabras Valeriano, á quien la actitud y el acento de la joven impresionan, permanece inmóvil y estupefacto.

—Al contrario, continúa Cecilia, si respetais el lazo que me une al cielo y obedecéis la voluntad del Dios que me le inspira, mi ángel guardián será también el vuestro.

La declaración y el pronóstico de Cecilia admiran á Valeriano, pero duda aun.

—Sea, dice, pero con dos condiciones: la primera, que si ese ser al que llamais ángel es una criatura humana, le mataré; y la segunda, que si ese poder sobrehumano existe, me lo hareis ver.

Consiento en ello, mi señor, pero á mi vez es necesario que os diga lo que debéis hacer para ver como yo á ese mensajero del cielo. Es necesario que creais en el verdadero Dios, el Dios de los cristianos y que recibais el bautismo.

—Para creer, es necesario saber.

—Sin duda; partid pues, al punto á la vía Apia, á tres millas de Roma, allí hallareis pobres y les direis: Cecilia me envía para confiar un secreto al santo anciano Urbano: servidme de guía. Os conducirán á presencia de Urbano. No le ocultéis nada, repetidle nuestras palabras, decidle el motivo que os conduce á su presencia, y os bautizará. Entonces mi ángel de la guarda se os aparecerá.

Mas curioso que convencido Valeriano, deja su palacio, se envuelve en un manto y se traslada silenciosamente á la vía Apia.

Halla en efecto, como le había dicho su desposada, infelices y proscritos á quienes se dirige. Algunos de ellos se levantan y le acompañan en busca de Urbano. Mas para llegar al sitio donde la persecucion obliga á los cristianos á ocultarse, Valeriano atraviesa ruinas, galerías subterráneas y grutas sombrías en las cuales tropieza con sepulcros, singular contraste con la mansion alegre y perfumada que acaba de dejar. Persevera, sin embargo, y llega al fin delante del santo hombre á quien busca.

Urbano le escucha y cae de rodillas elevando á Dios una ferviente plegaria. Al punto, entre el viejo pontífice y el jóven, se dibuja una forma blanca y al principio vaga como un resplandor; despues toma un aspecto mas preciso: es un anciano cuya túnica brilla como un rayo, y cuya frente circundada de una aureola resplandece con una belleza magistral que nada tiene de terrestre. En una mano tiene un libro cuya blancas páginas están cubiertas de letras de oro.

A esta vista, Valeriano siente flaquear sus rodillas; en su espíritu, donde la incredulidad había cedido el puesto á la duda, la duda cede á su vez.

El viejo del libro misterioso, levanta al jóven y le dice estas tres palabras.

—*Un Dios, una fé, un bautismo.* No hay mas que un Dios padre de todos los hombres, que está sobre todo, y en todos nosotros. ¿Lo crees ó dudas aun?

—Lo creo, dice Valeriano, en cuyo espíritu acaba de entrar la conviccion.

El anciano del libro de oro había desaparecido. Solo quedaba en la gruta Urbano que continuaba su plegaria. El pontífice se levanta entonces y bautiza al neófito que toma en seguida el camino de Roma.

Al entrar en la cámara nupcial, Valeriano descubre al lado de Cecilia que oraba una forma aerea y luminosa con vestidos diáfanos y largas alas blancas: es el ángel guardian de la virgen. Lleva en cada mano una corona de lirios y rosas que pone á Cecilia y á su esposo.

—Guardad, dijo con una voz llena de melodiosas vibraciones, guardad estas coronas sin temor; jamás se marchitarán y conservarán siempre su olor. Visibles y olorosas para vosotros solos, serán invisibles para los que no tengan vuestras creencias, ni vuestra pureza. Son un presente del cielo.

—Mensajero del Señor, dice Valeriano, en medio del gozo que me causa la predileccion de Dios, siento una pena. Tengo un hermano á quien amo con toda mi alma. Pero ¡ay! no está en el camino de la verdad.

—Entrará en él, dice el ángel. Dios os concederá á ambos la gracia de que el martirio os abra las puertas del cielo.

Y apenas el ángel acabó de hablar desapareció.

En este momento entró Tiburcio, el hermano querido de Valeriano.

El olor de lirios y rosas que se desprendía de las invisibles coronas dadas á Cecilia y su marido, le sorprende desde luego.

—¿Qué perfume es este? dijo á su hermano, porque no veo flores en torno vuestro.

—Es el de unas coronas que tus ojos no pueden ver hasta que se abran á la fé.

Admirado Tiburcio, abrumó á su hermano á preguntas.

Entonces Valeriano y Cecilia le explicaron la aparicion del ángel y le contaron la visita á Urbano en las cavernas de

la via Apia, la intervencion del anciano misterioso y el bautismo que había recibido en seguida.

A su vez Tiburcio fué á recibir el bautismo de las manos del refugiado en las catacumbas, y como su hermano y Cecilia, tuvo la aparicion del ángel y de las coronas; despues, en union con ellos, se dedicó á recoger las víctimas de la persecucion, desafiando valerosamente los peligros que presentaba el recoger los cristianos martirizados, cuyos restos eran condenados á quedar sin sepultura.

Aqui dejamos la simbólica leyenda para entrar en la histórica.

Alejandro Severo, uno de los Césares que mas favorables fueron á los cristianos, no podia protegerlos abiertamente. La ignorancia fanática de la plebe, que se hallaba bajo la influencia de los augures y los sacerdotes del culto oficial, le imponia la reserva; los patricios, los caballeros, los senadores, toda la aristocracia romana, que herian en sus ideas y en sus intereses, las creencias evangélicas, que amenazaban derribar el viejo edificio romano, eran otros tantos poderes con los que le era preciso contar. Ellos favorecian las persecuciones aisladas de que los cristianos oscuros eran objeto; ellos paralizaban los efectos de una tolerancia que no podia, sin peligro, convertirse en franca proteccion.

En estas circunstancias, el emperador Alejandro tuvo que dejar á Roma para ir á hacer la guerra á Asia.

Al frente del gobierno de su capital, se hallaba el prefecto Tiburcio Almachio, uno de los mas implacables enemigos del cristianismo.

El prefecto empezó por fomentar las persecuciones que durante la presencia del emperador eran disimuladas ó clandestinas. Asi, el pueblo bajo de Roma, en el cual sobre todo habían penetrado las nuevas doctrinas, fué el que pagó el primero y sangriento tributo al odio de Almachio. Esto no fué mas que una persecucion individual, pero no por eso menos cruel. La sangre corria sobre las plazas públicas, en el Circo, en las cárceles, no había bastante lugar para las ejecuciones colectivas. La muerte no salvaba á las víctimas de la infamia. Debían quedar sin sepultura para servir de ejemplo á los que quisieran seguir las nuevas doctrinas. Pero de la misma manera que la muerte no hacia mas que engrosar las filas de los cristianos, las prescripciones que prohibían enterrar los cristianos quedaban sin cumplimiento. Los hermanos de los mártires recogían los cadáveres y los daban sepultura.

Ya esa Necropolis, que se llama las Catacumbas, se extendía alrededor de Roma pagana que debía minar y destruir; pero no había aun adquirido el desarrollo que tuvo que tomar cuando las persecuciones de Diocleciano, de Decio y de Maximiano hicieron subir á millones las víctimas. La persecucion de Almachio hubiera hecho las vías, ya tan largas, de las Catacumbas cristianas, demasiado cortas, si por una de esas previsiones que bastan para hacer admirar la abnegacion cristiana, no hubiesen escavado los discípulos de Calisto con sus manos el cementerio de la via Apia, donde la mayor parte de ellos debían ocupar un sitio.

Valeriano y Tiburcio se señalaron desde luego por su largueza para con los pobres, y su celo en recoger los cuerpos de los mártires, á los que daban sepultura. Denunciados al prefecto romano, son conducidos ante su tribunal.

Tiburcio comparece el primero. Declara ser el siervo del Dios de los cristianos.

—No estás en tu juicio, replicó el prefecto, que quiere librar á los dos patricios, tu hermano es quien va á responder.

—En la época de las escarchas, dice Valeriano empleando el lenguaje figurado de la parábola, he visto aves burlonas que seguían el surco del labrador, y se mofaban de los trabajos que pasaba. Mas cuando llegó la primavera, brotó de la tierra una cosecha que colmó de alegría al labrador, mientras que los pájaros imprevisores se conturbaban por no encontrar que comer. En este momento, tú te burlas de nuestro Dios y nuestra fé; pero cuando llegue la época de la recolección, nosotros nos regocijaremos, y tú llorarás.

Viendo que se estrellaba contra una determinación inquebrantable, Almachio ordenó el suplicio de los dos hermanos, á quienes cortaron la cabeza. Los cuerpos de los dos mártires recogidos por los cuidados de los cristianos, fueron entregados secretamente á Cecilia. Ella misma los dió sepultura, y no economizando ni los perfumes ni las telas preciosas, fueron depositados Tiburcio y Valerio en el cementerio de Pretextato, una de las ramificaciones del subterráneo de Calisto, bajo una piedra monumental.

Habiendo convertido la muerte heroica de los dos hermanos al escriba de Almachio, Máximo, el prefecto le hizo morir á los golpes de las correas de unas disciplinas armadas con bolas de plomo.

Del mismo modo que había dado sepultura á su marido y á su hermano, Cecilia enterró á Máximo. Despues, mezclando en una misma idea á las tres víctimas de la crueldad de Almachio, la valerosa muger hizo inscribir sobre la tumba, estas líneas elocuentes por su mismo laconismo:

*Sanctis martyribus. Tiburtio,
Valeriano et Máximo, quorum
Natalis est XVIII Kalendas maii.*

Publicando por todas partes los cristianos la noticia de los méritos, virtudes y valor de Cecilia, atraieron sobre ella una atención que desafiaba mas bien que temía. Almachio la hizo comparecer á su tribunal.

Ante los ídolos del paganismo que con profusión ornaban el pretorio, ante el hombre que había ordenado la muerte de los dos seres que ella mas amaba, Cecilia espermentó un sentimiento de desprecio y disgusto que hizo ruborizar al prefecto.

—¿Quién eres? preguntó brutalmente á la descendiente de los Cecilio.

—Tú lo sabes, respondió la vírgen; para los hombres me llamó Cecilia, pero mi nombre hermoso es el de cristiana.

—¿A qué casta perteneces?

—Mi padre es ciudadano romano; soy de raza ilustre y origen patricio.

—No es eso lo que yo quiero saber, porque conozco lo ilustre de los Cecilio; te interrogo acerca de tu religion.

—Hubiera sido preciso te espresases mejor; por lo demas, tú sabes de antemano lo que voy á decirte.

—¿Y quién te da esa confianza, Cecilia?

—Una conciencia por nada turbada, y el fuego de mi fé.

—Eres muy orgullosa. ¿Ignoras hasta dónde llega mi poder?

—¿Y tú, Tiburcio Almachio, ignoras el nombre de mi esposo?

—¡Tu esposo! ¿Y cómo se llama?

—Nuestro Señor Jesucristo.

—¿Qué me importa? Lo que yo sé es que tú eras la muger de Valeriano; lo que deseo es no tener que ser cruel contigo, como me he visto obligado á serlo con tu marido, porque te lo repito, soy omnipotente.

—El poder del hombre es muy poca cosa. Es un odre inflado de viento. Basta una aguja para dejarlo vacío dando salida al viento.

—Pero este poder basta para castigarte; está armado contra tí con el derecho de vida y muerte, quiero no obstante que sea elemento para tí, por tus antepasados cuyas creencias y tradiciones abandonas. Para esto es suficiente que sacrifiques á los dioses del imperio.

—¡Jamás!

—Al menos, que niegues ser cristiana.

—Por el contrario, lo proclamo, y eso constituye mi gloria.

Ante esta resolución que nada podía quebrantar, Almachio vaciló. Tiburcio y Valeriano, dos patricios de la mas alta categoría, habían sido entregados ya á los verdugos. Herir á la ilustre descendiente de los Cecilio, era escitar la cólera de la aristocracia romana, era esponerse á dar una peligrosa cuenta de sus actos al emperador Alejandro Severo. En efecto, si los dioses y el emperador, confundidos de intento en el homenaje que se exigía de los cristianos, habían sido despreciados y renegados, podía atribuirse á las injusticias y violencias del prefecto.

El resultado de las reflexiones de Almachio fué un término medio.

Nada de ruido, nada de estrépito, nada de espectáculo que pudiera provocar protestas; y sus intereses al mismo tiempo que su cólera quedaban satisfechos.

—Que vuelvan á conducir la viuda de Valeriano á su palacio, dice el prefecto.

Y privadamente da órdenes al gefe de la escolta.

Vuelven, pues, á conducir á Cecilia á su palacio. La encierran en el salon de los baños. Encienden un fuego permanente en el hipocausto. Sus llamas rodean el *caldarium* donde está la vírgen. Los vapores que llenan la pieza son abrasadores como una lava. El fuego toma incremento; pasan un dia y una noche; la obra de Almachio debe ejecutarse. Abren las puertas ¿y qué ven?

A Cecilia tranquila, risueña, y cuyo cutis ni aun está animado por el calor infernal del *caldarium*.

Llevar á Almachio la nueva del prodigio.

Obligado á renunciar al miserable expediente que había imaginado para disimular la causa de la muerte de Cecilia, el prefecto envia un lictor con orden de cortar la cabeza á la vírgen.

Cecilia se pone de rodillas, y presenta dócilmente su garganta al filo del hacha. Pero el lictor tiembla. Tres veces su mano se ve obligada á dejar caer el arma sobre aquella juvenil y hermosa cabeza, que tan valerosamente se ofrece á la muerte. Aturdido, turbado el verdugo, que no ha podido cumplir su misión, huye dejando á la víctima viva aun, pero bañada en su sangre.

Los cristianos y los pobres, que esperaban fuera la consumación del sacrificio, entran en tropel al *caldarium*, y derraman abundantes lágrimas al aspecto de los padecimientos de la jóven vírgen.

Por espacio de tres dias, Cecilia permanece así, entre la vida y la muerte, orando á Dios y entonando sus alabanzas.

Al tercer dia hace llamar á Urbano, el anciano de las catacumbas, el papa perseguido de aquella iglesia de mártires.

El venerable pontífice se aproxima bendiciendo á la animosa vírgen.

—Escuchadme, padre mio, le dice. He rogado á Dios me concediese tres dias, y ya veis que me ha oído. Quiero poner en vuestras manos mi último y mas precioso tesoro. Voy á faltar á los pobres á quienes mantenía; reemplazadme para con ellos. Os doy este palacio para que lo convirtais en templo, y sea por siempre consagrado al Señor.

Urbano prometió llorando ejecutar las últimas voluntades de la santa.

Cecilia, dichas estas palabras, se recogió y no pensó mas que en las bienaventuranzas eternas. Su voto estaba cumplido. Las azucenas de la virginidad se reunian en aureola sobre su cabeza, á las rosas sangrientas del martirio.

Cuando llegó el último momento, Cecilia pudo ver alrededor de ella á los pobres, sus protegidos, y los cristianos, sus hermanos, de rodillas, orando y llorando. Inclino el rostro, oprimió, por un supremo instinto de pudor, sus vestidos contra su cuerpo, y su alma subió al cielo.

Urbano, asistido de diáconos, procedió por sí mismo á las exéquias de la santa. Colocó el cuerpo en un féretro de madera de ciprés, y durante la noche, le hizo llevar á la cripta de Pretextato, junto á las tumbas de Valeriano, Tiburcio y del escriba Máximo.

La iglesia de Santa Cecilia de Roma es célebre por muchos títulos. Se alzó en el sitio donde estuvo el palacio de los Cecilio. Se alzó allí, unida al muro de una galería de la cripta, la inscripcion que hizo grabar la santa en memoria del martirio de Valeriano, de Tiburcio y de Máximo. Los restos de los tres santos, sacados en 821 de las catacumbas por el celo del papa Pascual I, han sido depositados en la iglesia de la advocacion de Santa Cecilia.

En 1599, en una cueva donde el cardenal Sfondrat, sobrino de Gregorio XIV, hacia ejecutar unas obras, se encontraron muchos sepulcros, cuya apertura se verificó por el celo de Sfondrat y el cardenal Baronio.

Se encontró el féretro de ciprés de la mártir, encerrado en un sepulcro de mármol; el cuerpo habia conservado la actitud en que Urbano la dejó é hizo sepultar. Los huesos estaban envueltos en restos de telas de oro y seda, vistas ya por Pascual I.

Por órden de Clemente VIII, se construyó una magnífica urna de plata, en la que se encerró el cofre de ciprés.

El 22 de noviembre se verificó la ceremonia, y dió lugar á grandes regocijos. El papa Clemente VIII ofició de pontifical, y de toda Italia acudieron peregrinos.

Si el Oriente no ha hecho de Santa Cecilia uno de los asuntos de sus representaciones iconográficas, no por eso ha dejado de adoptar á la santa, cuya fiesta celebra con mucha ostentacion.

En la iglesia de Occidente, el culto de Santa Cecilia no se ha limitado á Roma y á la Italia. La Europa entera la celebra el 22 de noviembre, con el concurso de los artistas de quienes es patrona Santa Cecilia. En cualquier parte donde se encuentran los elementos de una orquesta ó de

un coro, la misa de la hija de los Cecilio se canta con música. Casi todos los compositores afamados han pedido á Santa Cecilia el tema de muchas composiciones. Las bellas artes en todos sus ramos, sobre todo desde el siglo XVI, han recibido su inspiracion de la vida de la santa. La pintura y la escultura representan casi siempre á la vírgen patriótica, acompañando su voz con el sonido de los instrumentos.

EL CONDE DE FABRAQUER.

DEL MAR.—Desígnase con el nombre de *mar* la inmensa cantidad de agua salada que cubre cerca de las dos terceras partes de la superficie de la tierra. No se sabe positivamente la causa de lo salobre del mar: en cuanto á su origen debe atribuirse al resfriamiento de los vapores que en una época muy remota hacian parte de la atmósfera.

PROFUNDIDAD DEL MAR.—Hay ciertos sitios en el mar cuya medida es imposible. Ved aquí por qué: tómense dos libras de plomo y asegúrense á la estremidad de una cuerda: si la profundidad que se quiere medir es considerable, el plomo no llegará hasta el fondo por la razon de que antes de llegar se desarrollará una cantidad suficiente de cuerda para sostener la masa de plomo, como sucedería con un pedazo de corcho de un tamaño conveniente.

FUENTES CALIENTES.—Está probado que el interior de la tierra goza de una alta temperatura. Figurémonos el canal de un manantial que bajándose á cierta profundidad sube despues á la superficie del suelo: el agua de este manantial tomará la temperatura de las capas que atraviesa y la conservará en gran parte hasta el orificio por el cual salga á la tierra.

LA CABAÑA DE MARTIN.

EL MOLAR EN 1858.

CUENTO.

I.

Muy inmediato al Molar
Y del Jarama en la orilla,
Entre sauces se levanta
Una cabaña pajiza.
Un buen viejo, el tio Martin,
La pobre cabaña habita,
Y á verle van con frecuencia
Por distraccion los bañistas.
Un dia á cantar le dieron
Esta picante letrilla,
Que es retrato del Molar
Sacado en fotografia.

II.

A MADRID ME VUELVO.

LETRILLA.

El que de Madrid sale
 Tan siquiera un día,
 Es justo que sufra
 Cual sufro desdichas.
 La vida del campo
 Alegre, sencilla,
 En cantos y coplas
 Celebrada un día.....
 —Por Valdés é Iglesias—
 Ensueños serian,
 O trinos tan solo
 De su dulce lira.
 ¿En dónde zagalas
 Aquí yo hallaría,
 Que dulces amores
 Me den y caricias?
 ¿Arroyos y fuentes,
 Prados, tortolillas
 Y verdes alfombras,
 Que á descansar brindan?
 ¿Qué pueblo inspiró
 Tan tiernas letrillas?
 Al Molar..... de fijo
 Que no cantarían,
 Que cantos de sobra
 Sus calles anidan,
 Calles que de callos
 Los pies aniquilan.
 Y mozas frescotas
 —Majuelos en vida—
 Que al daros la mano
 Os llenan de espinas.

El que de Madrid sale
 Tan siquiera un día
 Es justo que sufra
 Cual sufro, desdichas.

Si voy á la iglesia
 —Que mi Dios habita—
 Predica un sochantre,
 Mal dije, que grita.
 Si salgo á las eras...
 ¿Qué polvo, qué brisas!...
 Si libro de un toro
 Un cerdo me tira.
 O bien me saluda
 La suelta borrica,
 En nombre del pueblo
 Con coces, tan fina...
 Las casas... no existen,
 Son chozas mezquinas;
 Las mesas son blancas,
 La camas camillas,
 Las puertas abiertas,
 Hay bancos por sillas,

Que doy se marean
 Si no están bien fijas:
 Por eso prefieren
 La roca maciza.

La trucha, los peces,
 La leche, la anguila
 Y el tísico pollo
 Son nuestras comidas,
 Cuando Dios lo quiere
 O cuando Dios quería...
 A Madrid me vuelvo
 Hoy mismo en seguida.

El que de Madrid sale
 Tan siquiera un día
 Es justo que sufra
 Cual sufro, desdichas.

III.

Apenas el buen Martín
 Su canto finado había,
 Cuando se movió tal zambra,
 Se armó tal algarabía,
 Que á conocerse el autor
 De la maldita letrilla
 Del mal que al Molar llevase
 De seguro no moría.
 Los del pueblo se indignaron,
 Fingen ira los bañistas,
 Que en su corazón elogian
 Al exacto retratista.

En vano apurar pretenden
 De dó salió la letrilla.
 ¡Ay de aquel en quien supongan
 Que sabe hacer una rima!
 ¡Solo respetan por graves
 Y personas de alta estima
 A Antonio Ferrer del Río
 A Fabraquer y al de Andilla!

El autor era un poeta
 Que ya se marchó á la China,
 Mas antes mandó sus versos
 Al Museo de Familias.

ANTONIO HERRERIN.

HOJA GIGANTESCA DE PALMERA.—En 1826 trajeron de Ceilan á Inglaterra una hoja de *talipot* muy bien conservada; tenia once pies de largo y diez y seis de ancho.

FOSFORESCENCIA DEL MAR.—Han observado los navegantes en ciertas regiones que las aguas del mar brillaban durante la noche. No se está de acuerdo sobre las causas que producen este fenómeno. Piensan unos que pequeños animales que dan luz, á manera de los gusanos de luz, viven y se multiplican en las aguas del Océano, y son visibles durante

las tinieblas. Otros dicen que la fosforescencia es debida á las materias en putrefaccion que las aguas tienen suspendidas: por último, la tercera opinion es que la electricidad es la causa de aquella luz extraordinaria. Preciso es convenir en que ninguna de estas esplicaciones es completamente satisfactoria.

LARREY.

Juan Domingo Larrey nació en julio de 1776 en Baudou cerca de Bagneres de Bigorre. Huérfano á la edad de trece años, hizo sus primeros estudios bajo la direccion de su tio Alexis de Larrey, cirujano en jefe de los hospitales de Tolosa. Fué á París á fines de 1787, y allí obtuvo por oposicion una plaza de cirujano en la marina real, y se embarcó inmediatamente en la fragata *Vigilante* que marchaba para la América del Norte.

Licenciado á su vuelta, volvió á París, donde hizo oposicion á la plaza de segundo cirujano ayudante en los Inválidos. Esto era en 1792; agregado poco tiempo despues al ejército del Rhin en calidad de edecan, comenzó el servicio inteligente y brillante que ha grabado un recuerdo en el corazon de los soldados del Imperio. Imaginó y organizó un sistema de enfermerías volantes que permitia á los cirujanos seguir todos los movimientos de sus cuerpos respectivos, y dar socorro á los heridos en el momento mismo en que lo eran. En 1794 fué enviado al ejército de los Pirineos orientales, y en 1796, despues de haberse hecho la paz en España, fué nombrado profesor de la escuela de medicina y cirugía militar establecida en Val de Gracia.

Despues Bonaparte le llevó consigo á Egipto, donde demostró una abnegacion notable, un interés particular, en los cuidados que prodigó á los heridos. En San Juan de Acre fué herido él mismo. A su vuelta á Francia en 1802, recibió el título de cirujano en jefe del hospital de la Guardia de los Cónsules. Nombrado en 1805 inspector general del servicio médico del ejército, hizo en calidad de tal las campañas de Alemania, Prusia, Polonia y España. En 1812 un decreto especial le nombró cirujano en jefe del grande ejército, é hizo la campaña de Rusia, donde operó al aire libre, y muchas veces con grande éxito, á pesar de la intensidad del frio. Mostró la mayor abnegacion, y se multiplicaba, por decirlo así, en Waterloo para asistir á los heridos, habiendo sido él mismo herido tambien y hecho prisionero.

Napoleon, arrojado despues de este suceso político á la roca de Santa Elena, desde allí cuando juzgaba imparcialmente á los hombres, le llamaba el virtuoso Larrey. Despues de haberle creado baron en los tiempos de su poder, y haberle dado muchísimas muestras de su distincion, cuando prisionero y lejos de la Francia que tanto habia amado murió en Santa Elena, le dejó en su testamento un legado de cien mil francos.

Enmedio de la vida penosa y de la gloria de los campos, Larrey infatigable, supo siempre encontrar tiempo bastante para redactar sus *Memorias de medicina y cirugía militar*, coleccion preciosa de documentos que comenzó á publicar en 1812, y que despues ha continuado hasta su muerte. Fué colaborador en la parte médica de la Expedicion del Egipto,

y de una relacion histórica y quirúrgica de la expedicion del ejército á Oriente. Murió en Lyon el 25 de junio de 1842. La Francia, que tanto sabe enaltecer á sus grandes hombres, y eternizar con monumentos su memoria para la ve-



neracion de los venideros, ha alzado á Larrey una estatua de bronce fundido por David de Angers, la cual se ha inaugurado el año de 1850 en el Val de Gracia.

FERNANDO BELTRÁN.